

y grandes sumas de dinero. Habíanse encargado él y Pellicioni de dar á Pio el golpe mortal, y buscaron muchas veces la ocasion de egecutarlo; pero contenidos siempre por el terror en el instante de la ejecucion, dieron motivo á que se introdujese entre ellos la division y á que se descubriesen sus malvados designios. Prendiéronlos á todos en una misma noche y diéronles tormento, en el que nada confesaron, á escepcion de Aceolti, que afectando reirse mientras le estaban atormentando, dijo que le habia escitado un ángel á aquella empresa. Miróse con lástima su fanatismo; pero pareciendo que el delito era de tal naturaleza que no podia quedar impune sin peligro, fueron condenados á muerte el autor y sus cómplices y ajusticiados todos ellos (1565).

Libre Pio IV de este peligro, cayó poco despues en unas inquietudes y angustias casi tan crueles á causa de los esfuerzos prodigiosos que hicieron los turcos para apoderarse de la isla de Malta y asolar despues la Italia, cuyo mas firme baluarte era aquel plantel de héroes cristianos. Soliman II, el mayor y mas sabio de todos los sultanes, quiso despues de la conquista de Rodas verificar tambien la de Malta. Cansado de las continuas quejas de sus vasallos contra los caballeros que, asolando con sus correrías todas las costas de Africa y de Asia, desterraban de todos sus mares la seguridad del comercio y la libertad de la navegacion, y eran los autores y el apoyo de todas las empresas de los principes cristianos contra los infieles, y principalmente de las de los españoles, enemigos eternos del imperio otomano, acordó finalmente el sultan poner término á unos temores que se renovaban todos los dias, é hizo los mas formidables preparativos por mar y tierra, con promesa de sepultar á los caballeros bajo las ruinas del peñasco desde donde inquietaban y asolaban todos sus Estados. Tripuló ciento y sesenta entre galeras y galeotas, tomó entre todas sus tropas treinta mil hombres escogidos, parte

genizaros, y parte spahis, esto es, lo mejor de su infantería y caballería, y los agregó una infinidad de barks de transporte, en que iba la artillería gruesa, los caballos de los spahis y municiones de guerra, con víveres para mantener por espacio de seis meses ochenta mil hombres, número á que ascendían los combatientes y los que servían en la armada. Confió el mando de las tropas de tierra, con la direccion general de la expedicion, á Mustafá, su pariente y el mas famoso de todos los capitanes, de cerca de sesenta años de edad, pero que á la esperiencia propia de la vejez y á una prudencia consumada unia el vigor, la actividad, y aun el fuego de la juventud. El bajá Piali, que tenia treinta y cinco años, mandaba la escuadra. Era húngaro este comandante, y estaba animado contra los cristianos de todo el furor que le inspiraban la profanacion del carácter sagrado de su bautismo y el favor del sultan, el cual le habia dado por muger una nieta suya. Habia señalado pocos años antes su valor y su inteligencia con una victoria brillante que logró peleando con una escuadra cristiana. Mustafá y Piali, que tenían igual parte en la confianza del Gran Señor, habian recibido orden de proceder de acuerdo en todo, y de no hacer cosa alguna sin noticia de Dragut, gobernador de Tripoli y el mejor marino que se conocia entonces en el imperio de la media luna. Dragut debia reunirse, y se reunió en efecto á la, armada turca con unos refuerzos considerables, como tambien el rey de Argel y el bey de Egipto. Presentóse delante de Malta este armamento terrible el dia 18 de mayo de 1565.

Esta fortaleza, que se tiene actualmente por inconquistable, hallábase entonces en un estado muy diverso. En los treinta y cinco años que habian pasado desde que los caballeros tomaron posesion de la isla de Malta, donde no encontraron sino el miserable fuerte del santo Angel en una estension de cerca de siete leguas de longitud, habian ido construyendo por gra-

dos, segun sus cortas facultades, otras varias fortalezas, pero todas ellas de poca importancia y que asi revelaban la debilidad á que los habia reducido la ruina de su primer imperio. Tiene la isla de Malta por la parte de Sicilia dos puertos, y el uno, llamado el puerto Grande, está separado del segundo, llamado puerto Musciet, por una lengua de tierra en la que habian construido el fuerte de San Telmo que defendia la entrada de estos dos puertos. Otras dos lenguas de tierra paralelas, que tienen mucha mas longitud que latitud, llegan hasta el mismo puerto Grande en figura de dos dedos. En una de estas puntas estaba el castillo del santo Angel donde habian residido hasta entonces los grandes maestros; pero Juan Parizot de la Valette, que tenia el gobierno de la isla en aquellas criticas circunstancias, quiso situarse mejor para atender á todo, y trasladó su residencia, con todo el convento, á lo que llamaban el Burgó, esto es, á una poblacion pequena que estaba delante del castillo del santo Angel. Habia tambien un pueblecito en la otra lengua de tierra, que llega hasta el puerto Grande, y aunque no es mas que una península, dábanle el nombre de isla de la Sangle, en memoria del último gran maestro que la habia fortificado. Para la seguridad del puerto, atravesábase todas las noches desde el fuerte del santo Angel una gruesa cadena de hierro que estaba sostenida de trecho en trecho por vigas cruzadas y toneles flotantes. Tambien habia otros muchos puestos fortificados, como la isla ó la roca del Gozo, y unos atrincheramientos formados cerca de las muchas ensenadas que hay en las costas de Malta, sin hacer mencion de la ciudad Notable, capital de la isla, que dista como unas dos leguas de las plazas de que acabamos de hablar. Para defender tanta variedad de puestos, no tenia la religion mas que unos setecientos caballeros, sin contar los hermanos que habia empleados en servirles, y ocho mil quinientos

hombres entre tropa de mar y tierra y gente del pais regimentada.

Pero el talento del gran maestro, Juan de la Valette, era por sí solo una defensa superior á todos los esfuerzos, peligros y reveses: alma fuerte é imperturbable, hombre de una habilidad consumada que habia adquirido pasando por todas las dignidades de la orden, y distinguiéndose por grados en todas ellas, y en fin, de un valor, que, junto con su vivacidad y con las demas virtudes religiosas de que estaba adornado, le movia á despreciar la vida y á conservar la mayor serenidad en medio de los apuros mas crueles. Tenia mucha mayor confianza en el número de las fortalezas que en la importancia de cada una de ellas en particular, y se resolvió á hacer en todas la mas vigorosa resistencia, y á disputar á palmas el terreno, no desesperando de consumir de este modo á sus numerosos enemigos, ó de cansarlos por lo menos y obligarlos á reembarcarse.

Don García de Toledo, virey de Sicilia, le habia ofrecido en nombre de su amo, el rey de España, correr inmediatamente á su socorro con un ejército de veinte mil hombres, protestando que atenderia á la defensa de Malta con la misma actividad que á la conservacion de la Sicilia. Mostróse el gran maestro agradecido á estas ofertas; pero sin hacer mucho caso de unas promesas tan pomposas, formó el generoso designio, que los hechos mostraron ser tan acertado, de sostener con solas las fuerzas de la orden todo el ímpetu del poder otomano. Siempre se estaba hablando del socorro de España durante el mucho tiempo que duró el sitio; pero esta deslumbradora oferta, reducida luego en realidad á ocho mil hombres, no se realizó hasta el momento en que se levantó (a).

(a) Vuelve aqui de nuevo nuestro historiador á criticar la conducta de España. Conviene, sin embargo, saber que además de los motivos de gratitud que Felipe II tenia á los caballeros de Malta por los gran-



Reducido, pues, el virtuoso gran maestro á las fuerzas de la órden, ó por mejor decir, el auxilio que esperaba del cielo, reunió todos los caballeros que habia en Malta, y no les disimuló ni el gran peligro que los amenazaba, ni lo poco que debía contarse con los recursos humanos (1). «Un ejército formidable (dijo con serenidad y presencia de ánimo), una nube de bárbaros, enemigos de Jesucristo, va á caer sobre nosotros. La fé es la que nos obliga á pelear; y el Dios de los ejércitos nos

des servicios que habian prestado á España, tenia el monarca español un interés particular en que el turco no se apoderase de Malta, pues entonces peligraban mucho sus propios dominios de África é Italia. Asi pues resolvió el rey hacer los mayores esfuerzos para defenderla y dió órden de aparejar una armada y escribió á sus vireyes y aliados de Italia que viesen de tener prontos veinte mil hombres de desembarco al primer aviso. El virey de Sicilia, D. Garcia de Toledo, habia enviado ya al gran maestro algunos españoles de refuerzo, que eran con los que componia el número de tropas de que hace mencion nuestro historiador para defender la isla. Sin necesidad de entrar ahora en el exámen de los motivos que tuviera el virey de Sicilia para demorar el envio de todo el socorro ofrecido, parecenos necesario advertir no es exacto llegase ese socorro cuando ya el sitio se habia levantado y por consiguiente cuando ya no habia falta, como parece quiere dar á entender Henrion. Cabalmente la llegada de ese socorro fué lo que obligó á Mustafa á levantar el sitio y abandonar la isla de Malta, pues aunque no iban mas que seis mil soldados españoles, tres mil italianos y mil y quinientos aventureros de ambas naciones (3 de setiembre de 1565) creyeron los turcos al divisar las naves de España que se les iban á echar encima todas las fuerzas de esta entonces tan poderosa y temida nacion. Asi es que Mustafa levantó precipitada y aturdidamente el sitio, retirando la guarnicion de San Telmo y abandonando la artillería gruesa, y hasta dos veces cayó su caballo cual si este participara de la consternacion de su dueño; á su vez los turcos se atropellaban con el miedo, y caian muchos al mar ó se dejaban acuchillar por los españoles, y hubieran perecido muchos mas si Pialy no hubiera tenido tan prontas las galeras para recibirlos. Finalmente, levantado el sitio de Malta y retirado Mustafa con solo catorce mil hombres, único resto de los cuarenta y cinco mil con que le habia emprendido, todas las naciones cristianas celebraron con regocijo este suceso, y el rey de España mas interesado en el triunfo envió un mensaje espreso á La Valette para felicitarle por su victoria; y le regaló una espada y un alfanje con puño de oro macizo guarnecido de diamantes, en testimonio de su admiracion y de su aprecio, obligándose además á pagarle cierta cantidad anual para ayuda de reparar las fortificaciones destruidas. Véanse Cabrera, *Hist. de Felipe II*; y Lafuente, *Hist. de España*, t. 13. (N. del E.)

(1) Vert. *Hist. de Malta*, l. 12, p. 430; P. Boissat, t. 2, l. 6; J. Baudouin, Leunclav. Oth. Bos.

pide en este dia la vida que hemos consagrado á la gloria de su nombre. ¡Felices los primeros que consigan consumar su sacrificio por una causa tan digna! Pero á fin de merecerlo, vamos, hermanos míos, á renovar nuestros votos al pié de los altares; y en la Sangre del Salvador de los hombres adquiramos aquel generoso desprecio de la muerte, que es lo único que puede hacernos invencibles.»

Dirigióse, acompañado de todos los caballeros, á la iglesia, donde estaba espuesto el Santísimo Sacramento. No hubo ninguno que, á ejemplo del gran maestro, no comulgase en aquel dia, ó en los siguientes, y desde aquel momento parecieron todos unos hombres enteramente nuevos. Acabáronse entre ellos las disensiones, las rivalidades, los celos y aun aquella pasion que suele triunfar de los héroes. No hubo desde este santo dia ningun trato, por mas inocente que pareciese, entre los caballeros y las personas del otro sexo, ni se hizo cosa alguna que tuviese por objeto el interés ó la ambicion. La perspectiva de una muerte casi inevitable, habia reanimado en sus corazones el desprendimiento del mundo y todas las virtudes de su profesion. Abrazáronse todos con un cariño fraternal, como si fuese la última vez, y protestaron en alta voz que derramarían hasta la última gota de su sangre por la conservacion de la órden y por la defensa del Evangelio. Prendado el gran maestro de estas disposiciones heroicas, señaló al punto á cada lengua el puesto en que debia ejercitarse (1565).

No se podia perder un momento, porque despues de muchas marchas y contramarchas, habian desembarcado los infieles, é iban internándose en la isla, conservando la comunicacion con la escuadra por medio de algunos reductos coronados de artillería. Habiendo pasado el general con algunos ingenieros al monte Cálcara, desde donde se descubre casi toda la isla, reconoció el estado de las fortificaciones, y tuvo un numeroso consejo de guer-

ra, en el cual se resolvió dar principio al ataque por el fuerte de San Telmo, que, segun presumian los infieles, no podia resistir mas que cinco ó seis dias, y los hacia dueños del puerto Musciet, donde estaria segura toda su escuadra. Entretanto, habiéndose esparcido el ejército turco por los campos, incendiando las aldeas, robando y pasando á cuchillo á los que no habian tenido la precaucion de retirarse á los lugares fortificados, salian los caballeros con tropa escogida, acometian á aquellos ladrones, asesinaban á cuantos hallaban dispersos, y en varias escaramuzas acabaron con mas de mil y quinientos turcos sin haber perdido mas de ochenta de los suyos.

Prosiguiendo Mustafa en su designio principal, fué á reconocer por sí mismo el fuerte de San Telmo, le atacó por el lado de tierra, y sin admirarse de la dureza del suelo, que era una roca apenas cubierta con alguna tierra pedregosa, mandó abrir la trinchera. Estando espuesto al fuego continuo de la plaza, logró poner sus tropas á cubierto en varios sitios, á fuerza de gastadores, cuyas vidas prodigaba el cruel otomano; y donde no podia abrir la roca, mandó construir, en vez de trinchera, una especie de parapeto con vigas, con tablonnes y con tierra mezclada con paja ó juncos. Valiéndose de los bueyes que habia cogido en la isla, llevó la artillería hasta el monte de San Telmo, estableció sus baterías, y el dia 24 de mayo principiaron á disparar diez cañones de á cuarenta y ocho, dos culebrinas de á sesenta, y un enorme basilisco que, segun dicen, lanzaba piedras de ciento sesenta libras. Puso muy en breve una artillería mas numerosa, asestada en todas direcciones, y colocada en todos los puntos que lo permitieron, no obstante de que era vivísimo el fuego de la plaza. Esta tenia poca estension, y apenas se perdía tiro, arruinando cada cañonazo alguna parte de las obras del enemigo. Era tan poca cosa esta fortaleza, que por lo comun no habia en ella mas que sesenta soldados al mando de un

caballero. El comendador de Broglio, de una antigua casa piamontesa en la que era hereditario el valor, tenia entonces este mando; pero siendo ya muy viejo y consumido por las fatigas militares, se dispuso, que al propio tiempo que se le dejaba en el fuerte para que diese allí ejemplo de intrepidez y de aplicacion continua á los ejercicios mas penosos, le acompañase el baillío de Negroponto con sesenta caballeros y una compañía de infantería española, mandada por el caballero de la Cerda.

Arruinadas en poco tiempo la mayor parte de las obras con el fuego continuo de una artillería fulminante, y fundando el gran maestro menos esperanza en las fortificaciones que en el valor y actividad de los que las defendian, preparó un refuerzo, resuelto á llevarle por sí mismo y á encerrarse en la plaza; mas el Consejo y todo el convento se opusieron á ello unánimemente, y se estremecieron todos solo con la idea de tan gran peligro, tratándose de una persona en la que se cifraba la suerte del Estado. Presentáronse al punto tantos caballeros para esta comision peligrosa, y la solicitaron con tanto empeño, que solo hubo dificultad en la eleccion. Advirtiése el mismo ardor en los que llegaron por este tiempo de las varias regiones, cuya distancia no les habia permitido acudir antes á participar de los peligros de sus hermanos. La mayor parte de ellos, sin esperar escolta, arrojábanse en barquichuelos y pasaban en fila á la plaza que recibia todo el fuego de la artillería enemiga. Con el objeto de que pasasen con mas facilidad, disparaba de continuo el gran maestro desde el castillo del santo Angel ó Santangel que estaba en una eminencia, contra el campamento de los turcos, donde quedó herido de tanto peligro Pialy con una piedra, en que dió una bala de cañon y la hizo pedazos, que se le tuvo por muerto.

En medio del asombro y desórden que causó este accidente, hicieron los sitiados una salida, sorprendieron á los turcos en la trin-





chera, y al principio destrozaron cuanto se les puso delante; mas recobrados de su primer terror los turcos, volvieron al ataque con nuevo esfuerzo, ganaron los puestos que habian perdido, y obligaron á los sitiados á encerrarse en la plaza. Levantóse, por desgracia de estos, un viento contrario, que llevando á la plaza el humo de tantas armas de fuego, formó en el glasis una nube densa, por cuyo medio se colocaron en él los sitiadores y establecieron allí una batería con tal celeridad, que apenas empezaba á disiparse el humo, cuando se vieron tremoladas las banderas de los infieles en la contraescarpa, y disparaba su artillería desde el rebellin. Hallándose en extremo fatigados los cristianos, como que estaban de día y de noche sobre las armas, fué tomada por asalto de allí á pocos días esta obra poco elevada y fácil de reconocer; y habria tenido la misma suerte toda la fortaleza, si las escalas que habian llevado los bárbaros no hubiesen sido demasiado cortas. Arrojárónlos de ellas y las dejaron allí mismo entre grandes montones de muertos y moribundos. Esta acción, que duró desde el amanecer hasta el medio día, les costó cerca de tres mil hombres, los mas esforzados de todas sus tropas. Perdió la religion por su parte veinte caballeros y cerca de cien soldados, sin contar los heridos, de cuyo número fueron el bailío de Negroponto y el comendador de Broglio.

Habiendo recibido el caballero de la Gardampe Bridiers un mosquetazo en medio del cuerpo, vió á algunos de sus compañeros que acudian solícitos á socorrerle. «No me conteis ya entre los vivos (les dijo despues de agradecerles afectuosamente sus buenos oficios): guardad vuestros desvelos para aquellos hermanos nuestros que pueden servir todavía á la Religion.» Fué arrastrando como pudo hasta la capilla del fuerte, y despues de haberse encomendado á Dios, espiró al pie del altar. Durante la noche, se trasladaron los heridos á la poblacion, y en lugar de ellos se llevaron

cien hombres de refresco. El bailío de Negroponto y el comendador de Broglio, á pesar de sus heridas y de su avanzada edad, opusieronse magnánimamente á volver al convento, y respondieron al gran maestre, quien los habia exhortado á que se retirasen, que querian morir en su puesto. Estos héroes venerables, continuamente sobre las armas, abrasados y desfigurados con los ardores del sol, no salian de los parages donde era mayor el peligro, ni se desdeñaban de cavar la tierra con sus propias manos y trasladarla á los lugares donde se hacia ánimo de fortificarse. Hubo, no obstante, un cobarde entre tantos héroes, pero su cobardía, notada con la infamia que mereció, solo sirvió para inspirar mas horror á una conducta tan vil. El caballero de la Cerda, que desde el principio del sitio no se habia avergonzado de decir al gran maestre que no se podia resistir mas de ocho días en un puesto tan malo, hizo que le llevasen con los heridos por un golpe que apenas se conocia. Indignado la Valette de una poltronería que hasta entonces no tenia ejemplar en la orden, mandó arrestarle y que le llevasen con ignominia á la cárcel.

No habia entretanto día en que no pereciesen muchos caballeros y un número proporcionado de soldados. Por todo el fuerte se veian cojos, brazos con cabestrillo, hombres reducidos á la mitad de sí mismos, y lo que causaba mas horror, miembros separados y esparcidos confusamente, porque no habia tiempo para enterrarlos. El mismo fuerte, demantelado por todas partes, no era ya mas que el simulacro de una plaza de defensa. Los turcos, trabajadores infatigables y muy diestros en sacar tierra para hacer atrincheramientos, adelantaban de continuo sus trabajos, repetian los ataques, y á cada momento renacia el riesgo de un asalto decisivo. Habiendo hecho saber los sitiados al gran maestre el estado deplorable en que se hallaba, así la plaza como ellos, afirmándole al mismo tiempo que

le obedecerian con toda puntualidad cualquiera que fuese la resolución que tomase, no pudo menos de enternecerse al considerar su suerte, y les respondió con sinceridad, que habia ocasiones en que debian sacrificarse los miembros por la conservacion del cuerpo; que la salud ó la pérdida de toda la isla, y quizá de la orden, dependia de la mayor ó menor resistencia del fuerte confiado á su valor; que se acordasen de los votos sagrados que los obligaban á sacrificar su vida por la defensa de la Religion; que él no se habia olvidado de sus propios juramentos, y que lejos de abandonar aquel fuerte, estaba resuelto á encerrarse en él y á quedar sepultado bajo sus ruinas.

Al recibir esta respuesta, protestaron muchos caballeros, y en especial los antiguos, que perderian la vida dentro de la plaza antes que cederla á los infieles; pero la gente joven, mas susceptible de aquel valor impetuoso que no tiene dificultad en arrostrar la muerte, que de aquella magnanimidad tranquila que sabe esperarla con ánimo sereno, escribió al gran maestre que no desmentirian lo que se esperaba de ellos, pero que solo se aconsejarian con su desesperacion, que se precipitarian con espada en mano en medio de los infieles, y se dejarían hacer tajadas antes que consentir en quedar sepultados bajo las ruinas, ó en ser degollados como viles animales por unos bárbaros que solo aspiraban á ser sus verdugos. Se indignó y perturbó el gran maestre al leer esta carta; pero dominando con imperio absoluto todos sus movimientos, les respondió que para morir con honor, como se proponian hacerlo, no bastaba perecer con las armas en la mano, y que solo podian hallar gloria donde los llamaba la obligacion, y por consecuencia en los puestos que les habia señalado el representante del gran maestre á quien habian jurado obediencia. Por lo demás, les dió á entender que inmediatamente despues de su desercion, no dejaria el enemigo de embestir el pueblo B. del G., tomo XX.—VII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo V.

adonde pretendian retirarse, y que allí encontrarían del mismo modo el fin de su vida, pero con la diferencia, de que en vez de morir como héroes cristianos, perecerian como desertores y gente baladí.

Sin embargo, para aquietar los ánimos, ó por mejor decir, para ganar tiempo, envió la Valette tres comisionados al fuerte con pretesto de tomar un conocimiento exacto del estado de la plaza. Dos de ellos dijeron que no la hallaban en disposicion de sostener un asalto, y que ni aun comprendian cómo habia podido la guarnicion resistir hasta entonces. El tercero llamado Constantino Castrioto, no consultando mas que las heróicas inspiraciones de la sangre de Scanderberg, de la cual se gloriaba de descender, sostuvo que la plaza podia defenderse aún bastante tiempo, y ofreció al gran maestre, si le permitia hacer algunas nuevas levadas, encerrarse en ella, y resistir hasta la llegada del socorro de Sicilia de que se hablaba mucho. Sin fiarse el gran maestre de la relacion de Castrioto, aceptó su oferta, la cual no podia menos de tener un éxito feliz. Se tocó inmediatamente el tambor para el alistamiento en el Burgo y en todas las plazas. Los ciudadanos, los campesinos y aun las primeras personas notables, todos acudieron á porfia á ofrecer sus servicios. La guarnicion de San Telmo recibió esta noticia con una vergüenza y un despecho que llenó de aliento todos los corazones. Para escitar mas y mas su valor, les escribió con frialdad el gran maestre, diciéndoles que se les daba con mucho gusto su licencia, y que para uno de ellos que se mostrase disgustado del combate, se presentaban diez hombres esforzados que solo aspiraban á ocupar su lugar. «De este modo (añadió) me libtaré de unas inquietudes crueles, pues se trata de un puesto en que se necesitan gentes de una constancia á toda prueba.» Conocieron perfectamente los descontentos todo lo que significaba aquella indiferencia, y se figuraron el oprobio eterno de que iban á



cubrirse para con la orden y con todo el universo entregando sus puestos á unos bisoños. «Si sucede (esclamaron) que estos reclutas sean tan felices que se sostengan hasta la llegada del socorro, ¿cómo podremos luego presentar delante de nuestros hermanos? ¿Podremos hallar una cueva tan remota de la sociedad humana, que baste para enterrar en ella nuestra vergüenza y desesperacion?» Resolvieron, pues, dejarse degollar hasta el último antes que ceder la plaza á aquella milicia ó abandonarla á los turcos. Al momento suplicaron al bailío de Negroponto y al comandante de Broglia que pidiesen su perdón al gran maestro, y le manifestasen que estaban muy arrepentidos, como también la determinación en que se hallaban de derramar hasta la última gota de su sangre en defensa de la plaza que les había entregado la religión. Para asegurar la Valette esta resolución, afectando que la despreciaba, respondió primeramente que prefería unos reclutas dóciles á unos guerreros veteranos que no sabían obedecer. En fin, habiéndole pedido perdón otra vez en los términos más sumisos, consintió en despedir las milicias, y cada uno volvió á ocupar su puesto para no abandonarle hasta perder la vida.

Todo lo que había sucedido hasta entonces parece casi nada en comparación de lo que sucedió después. Se aumentó el encarnizamiento de los turcos en la misma proporción que el valor de los caballeros. Se peleó por espacio de veintiseis días consecutivos, y no hubo día en que los bárbaros furiosos no intentasen el asalto. Avergonzado Mustafá de que le obligase á perder tanto tiempo un puesto tan débil, dió un asalto general por mar y por tierra el 16 de junio, después de haber demolido con su artillería la muralla del fuerte, hasta la roca en que estaba situado. Los genizaros, al son de sus instrumentos bárbaros, se arrojaron al foso que estaba casi cegado, al mismo tiempo que cuatro mil arcabuceros dis-

paraban continuamente contra los que se presentaban en la brecha; pero luego que se acercaron, la hallaron cercada de muchas filas de soldados, en las que se había colocado de tres en tres un caballero: nuevo género de antemural, mucho más impenetrable que el primero. La audacia, la constancia, la obstinación, la rabia, los estratagemas y el furor animaban á todos los combatientes. Sucedia muchas veces que el cristiano y el musulmán, después de haber disparado uno contra otro y roto sus picas y espadas, se agarraban mutuamente, y entonces el más robusto ó el más ágil y diestro terminaba la pendencia con el puñal.

Pero lo que dió á los sitiados una ventaja prodigiosa, fueron unos aros rodeados de estopas mojadas en calderas de pez y aceite hirviendo, los cuales se arrojaban en medio de las filas que había debajo de la brecha. Estas máquinas crueles se inflamaban en el aire, y cayendo en tierra enredaban á tres, cuatro y aun á seis turcos, que se abrasaban vivos si tardaban un momento en poder echarse al mar. Los gritos espantosos de estos infelices, su agitación para desenredarse ó para que los socorriesen los que estaban á su lado, el desorden con que todos huían de ellos, el terror de los genizaros más determinados, las exhortaciones, las amenazas y los golpes que recibían de sus oficiales, los muertos y los moribundos amontonados por una y otra parte, el funesto resplandor del hierro y del fuego, el estruendo de la artillería y mosquetería, todas estas cosas formaban de un campo de batalla tan reducido el teatro de todos los horrores; pero sin que los caballeros perdiesen una pulgada de terreno, y sin que, á lo menos por mucho tiempo, retrocediese el grueso del ejército turco. En fin, la victoria, premio de la perseverancia, se declaró por los caballeros. Cubiertos de heridas, abrasados con el ardor del sol, y rendidos con la fatiga de un asalto de seis horas continuas, tuvieron la satisfac-

ción de oír tocar la retirada por orden de Mustafá, que había perdido más de dos mil hombres. La Religión perdió por su parte diez y siete caballeros, todos los cuales murieron en la brecha, sin contar los heridos, y más de trescientos soldados que murieron en el campo de batalla ó quedaron estropeados. Un éxito tan feliz en una plaza tan despreciable, fué efecto de la desesperación generosa de sus defensores, que, puestos en la precisión de morir, no tanto aspiraban á conseguir la victoria, como á vender caras sus vidas.

Para reemplazarlos, halló medio el gran maestro de que entrasen en el fuerte ciento y cincuenta hombres, entre oficiales y soldados, los cuales se ofrecieron á encerrarse en una plaza que no podía menos de mirarse ya como un sepulcro, siendo este el último socorro que se pudo introducir en ella. Comprendiendo Mustafá por esta maniobra del gran maestro, que duraría el sitio de San Telmo mientras hubiese caballeros en los demás parajes de la isla, abandonó todos sus proyectos para atender únicamente á cortar esta comunicación. El virey de Trípoli, el intrépido Dragut, que por último se había reunido con él delante de Malta, aprobó su designio y salió de la trinchera para reconocer el terreno; pero al momento fué herido debajo de una oreja con una piedra que se hizo pedazos por haber tocado en ella una bala de cañón del castillo del Santo Ángel, y cayó sin sentido, arrojando sangre por oídos, boca y narices, de cuyas resultas murió á los pocos días. El mismo tiro quitó la vida inmediatamente al sangiac que acompañaba al virey. Sin manifestar Mustafá ninguna conmoción, fué á hacer sus observaciones al mismo paraje, y se resolvió, de acuerdo con un ingeniero hábil, formar una batería en el monte Calcarío, continuar la trinchera hasta la orilla del mar para embestir el fuerte por todos lados, coronarla de baterías y de mosqueteros, y en fin, llevar á la embocadura del puerto Musolet ochenta galeras prece-

didadas de una multitud de barcos y bergantines en que fuesen los mejores arcabuceros.

Habiéndose ejecutado todo con un trabajo inmenso que no se interrumpió de día ni de noche, acudió todo el ejército al asalto con cuanto ardor podía inspirar la esperanza de un triunfo que parecía infalible; pero recibieron los caballeros con una firmeza todavía mayor. Tres veces se vieron obligados los infieles á volver pies atrás, y tres veces renovaron el ataque con un encarnizamiento que costó la vida á muchos cristianos: y si la noche no hubiese puesto fin al combate, se habrían rendido infaliblemente los caballeros al exceso de la fatiga, aun cuando la multitud de los bárbaros no hubiera sido capaz de vencerlos. El corto descanso que lograron con esta interrupción, solo sirvió para hacerles más sensible la gran pérdida que habían experimentado. Emplearon la noche en llorar amargamente, en curarse unos á otros, en recoger los últimos suspiros de los moribundos, y en desempeñar con una exactitud religiosa todas las obligaciones hospitalarias.

No teniendo ya ninguna esperanza de socorro, ni más consuelo que el que recibían de un capuchino magnánimo que se había sacrificado como ellos por la salud pública, y que no pudiendo ya reunirlos en la capilla iba á exhortarlos en la misma brecha, espuesto al fuego de la mosquetería, y casi tocando á la punta de las picas, apiñábanse todos al lado de aquel heróico Apóstol, y solo pensaban en acabar su vida como buenos cristianos y como verdaderos religiosos. La noche siguiente se prepararon todos á una muerte próxima con la participación de los Sacramentos de la Iglesia; se despidieron después para siempre, se abrazaron con cariño, y no teniendo ya que hacer más que dar sus almas al Criador, fué cada uno á su puesto para morir gloriosamente, ó por mejor decir, para ofrecer la vida en el altar de su sacrificio. Los que por falta de fuerzas ó por las heridas no podían ir